

CAPÍTULO XLVII.

Reunion de las Cortes.—Insana conducta de doña Juana.—Cambia de ministros.—Turbulencias en Castilla.—Calamidades en el reino.—Político proceder de don Fernando.—Sale de Nápoles.—Gonzalo de Córdoba.—Sentimiento de los napolitanos.—Brillantes vistas de don Fernando y Luis XII.—Honosros tributados á Gonzalo.—Recibimiento del rey en Castilla.—Retiro de doña Juana.—Conducta irregular de don Fernando.—Amnistía general.—Establece una guardia para su persona.—Su excesiva severidad.—Disgusto de los nobles.—Entrada de Gonzalo en Castilla.—Don Fernando no le cumple su palabra.—Friedad con que le trató la reina.—Retírase Gonzalo de la corte.—Explendor de su retiro.

Mientras que don Fernando se hallaba así ocupado en Nápoles, los representantes de la mayor parte de las ciudades, convocadas por el gobierno provisional, se habian reunido en Búrgos, en Noviembre de 1506. Antes, sin embargo, de dar principio al despacho de los negocios, quisieron que la reina sancionase sus actos; pero aunque con este fin se nombraron comisionados que pasáran á hablarla, doña Juana se negó obstinadamente á recibirlos.

Continuaba ésta sumida en triste melancolía, aunque á veces se entregaba también á los más furiosos arrebatos de locura. A fines de Noviembre determinó salir de Búrgos, para trasladar los restos de su esposo á su enterramiento definitivo en Granada; pero antes de partir, se empeñó en verlos por sí misma, sin que produjeran efecto alguno las representaciones en contrario de sus consejeros, ni tampoco la de los religiosos del convento de Miraflores, porque la oposicion que encontraba no hacia más que enfurecer sus pasiones, y tuvieron por fin que acceder á su loco capricho. Sacaron, pues, el cadáver de su sepulcro: abrieron las dos cajas de madera y de plomo que le contenian; y la reina contempló aquellos restos deshechos, que á pesar de haber sido embalsamados, apenas presentaban vestigio alguno de forma humana, sin que se diese por satisfecha hasta que los tocó con su propia mano, lo cual hizo sin derramar una sola lágrima, ni manifestar la menor emocion. Dícese que no se habia visto llorar á aquella desventurada señora,

desde que descubrió las relaciones de su marido con la cortesana flamenca.

En seguida se colocó el cadáver sobre un magnífico carro fúnebre tirado por cuatro caballos, y fué acompañado por numeroso séquito de nobles y eclesiásticos, que juntamente con la reina, salieron de la ciudad en la noche del 20 de Diciembre. Las jornadas eran de noche, pues doña Juana decia que «una viuda que ha perdido el sol de su alma nunca debia ver la luz del día.» Cuando la fúnebre comitiva hacia alár, el cadáver se depositaba en alguna iglesia ó convento en donde se celebraban funerales, como si acabára de morir, haciéndole continua guardia un cuerpo de hombres armados, con objeto principal, al parecer, de que ninguna mujer profanase el lugar con su presencia; porque doña Juana conservaba todavía los mismos celos contra las personas de su sexo, para los que desgraciadamente tuvo tanto motivo en vida de Felipe.

En una de las jornadas, y muy cerca ya de Torquemada, mandó la reina que se llevase el cadáver al patio de un convento, que supuso era de frailes; pero se llenó de horror al saber que eran monjas las que le ocupaban, é hizo que se sacase inmediatamente al campo. Allí se estacionó con su comitiva en medio de la noche, no sin haber hecho abrir antes las cajas para cerciorarse de que se conservaban íntegros los restos de su marido, aunque era muy difícil conservar encendidas, durante aquel tiempo, las hachas, que se apagaban por la

violencia del viento, dejándolo todo sumido en completa oscuridad.

Estos actos de locura, que rayaban en insensatez, eran á veces compensados con otros que manifestaban mayor inteligencia, aunque no ménos extraños. Ya desde muy al principio habia mostrado aversion á los antiguos consejeros de su padre, y especialmente á Cisneros, pues juzgaba que éste se arrogaba demasiada autoridad en sus asuntos domésticos; y ántes de salir de Búrgos sorprendió desagradablemente á los parciales de su marido, revocando todas las concesiones hechas por la corona desde la muerte de su madre doña Isabel. Esta providencia, que fué casi la única que se la vió firmar, fué un golpe terrible para la turba de parásitos cortesanos, sobre quienes tan prodigamente cayeran las mercedes del último reinado. Al mismo tiempo, doña Juana reformó su consejo privado, despidiendo á los que actualmente le componian, y restableciendo á los que habian sido nombrados por la reina su madre, y dijo sarcásticamente á uno de los consejeros salientes, que «podia ir á concluir sus estudios en Salamanca:» advertencia muy cáustica, ciertamente, porque el buen jurista tenia fama de ser algo escaso de ciencia.

Estos destellos parciales de inteligencia, y en asuntos de esta especie, hicieron ver á muchos la influencia secreta de su padre. Doña Juana, sin embargo, se negaba obstinadamente á sancionar medida alguna de las Cortes para su llamamiento; y como se viese apremiada por las representaciones de aquel cuerpo sobre éste y otros puntos, en una audiencia que concedió á los comisionados ántes de salir de Búrgos, los dijo claramente que «regresáran á sus casas, y que no volvieran á mezclarse en los negocios públicos sin su expreso mandamiento.» No mucho despues de esto se suspendieron las sesiones por cuatro meses, por orden del consejo real.

El término prefijado al gobierno provisional espiraba en Diciembre y no se habia prorogado: tampoco se habia nombrado otra regencia por los nobles, y el reino, faltar hasta de la sombra de proteccion que sus Cortes le ofrecian, y sin otra guia que su desventurada soberana,

iba á quedar á merced de los vientos y tormentas de las facciones. No tardaron éstas, en efecto, en presentarse por do quiera, con la ayuda especialmente de los poderosos nobles, cuya licencia, en ocasiones tales, probaba muy claramente que la tranquilidad pública no se fundaba tanto en la firmeza de la ley, como en el carácter personal del monarca reinante.

Los enemigos del rey, entre tanto, activaban sus tratos con el emperador Maximiliano, y le instaban para que inmediatamente se presentára en España; y otros se ocupaban en idear proyectos para casar á la pobre reina con el jóven duque de Calabria ó con algun otro príncipe, cuyos años ó incapacidad les permitiera renovar la farsa del rey Felipe. Para aumento de los males ocasionados por este mantantal de facciosas intrigas, la nacion, que en los años anteriores habia sufrido una gran carestía, se vió ahora afligida por la peste que invadió principalmente la parte del Mediodía, de tal modo, que en Sevilla solamente, refiere Bernaldez, que pereció el increíble número de treinta mil personas.

Pero aunque la tormenta amenazara así por todas partes, no hubo una explosion general que conmoviera al Estado hasta sus fundamentos, como en los tiempos de Enrique IV. Bajo el prolongado gobierno de doña Isabel se habian introducido gradualmente en el pueblo hábitos, ya que no principios de orden: la gran mayoría de la nacion habia aprendido á respetar la accion de las leyes y á apreciar sus beneficios; y á pesar de la imponente actitud, del estrépito y de las transitorias turbulencias de las facciones rivales, se descubria una repugnancia manifiesta á romper el orden de cosas establecido, y á renovar los días de la antigua anarquía con todas sus violencias y sangrientos atentados.

Mucha parte de este buen resultado debia atribuirse indudablemente á los vigorosos consejos y conducta de Cisneros, el cual, juntamente con el Gran Condestable y el duque de Alba, habia recibido plenos poderes de D. Fernando para obrar en nombre suyo; pero tambien debe atribuirse á la política conducta del monarca. En vez de un afan inmoderado de





volver á empuñar el cetro de Castilla, siempre habia manifestado una prudente discrecion; y en sus comunicaciones á los nobles y á las municipalidades, empleaba el lenguaje más cortesano y afable, expresando la completa confianza que le inspiraba su patriotismo y su lealtad á la reina su hija. Valiéndose del arzobispo y de otros sugetos de clase, habia tomado disposiciones eficaces para aplacar la oposicion de los más altos señores, hasta que por último, no sólo aquellos políticos tan fáciles de acomodarse, como Garcilaso de la Vega y otros, sino tambien los contrarios más resueltos, como Villena, Benavente y Béjar, vinieron á ser nuevamente fieles á su antiguo señor. El emperador, en nombre de su hijo Carlos, á quien ya se habia hecho tomar el título de rey de Castilla, no habia dejado ciertamente de hacer generosos ofrecimientos; pero las promesas de aquel fanfarron imperial eran tenidas en muy poco por los castellanos más principales, porque sabian perfectamente cuán distantes se hallaban de cumplirse, y conocian además que sus verdaderos intereses les llamaban hácia un príncipe cuyo superior talento y relaciones personales le recomendaban, de consuno, para el puesto que en otro tiempo ocupára tan honorosamente. La inmensa mayoría del pueblo, por otra parte, á pesar de haber separado durante algun tiempo su afecto del Rey Católico á causa de su segundo matrimonio, movida por los males que sufría y temerosa de otros mayores, abundaba en los mismos sentimientos; de modo que en ménos de ocho meses, desde la muerte de Felipe, puede decirse que toda la nacion habia ya vuelto á la fidelidad de su antiguo soberano. Las únicas excepciones en las personas de clase eran Juan Manuel y el duque de Nájera: el primero habia ido demasiado léjos para retroceder; el segundo tenía un carácter demasiado altivo y caballeresco para hacerlo.

Por fin, el monarca aragonés, concluidos sus arreglos en Nápoles y pasado el tiempo suficiente para que los asuntos de Castilla estuvieran en sazón para su vuelta, se hizo á la vela desde su capital italiana el día 4 de Junio de 1507, proponiéndose tocar en el puerto ge-

novés de Saona, en donde se hallaba dispuesta una entrevista con Luis XII. Durante su estancia en Nápoles, se habia consagrado con toda asiduidad á los negocios del reino, habia evitado el mezclarse en la política local de Italia, negándose á todos los tratados y alianzas, ya ofensivas, ya defensivas, que se le propusieron por sus diferentes Estados; y habia eludido tambien las importunas solicitudes é instancias de Maximiliano con respecto á la regencia de Castilla, evitando tambien la conferencia personal que el emperador le propusiera durante su residencia en la península italiana. Despues de la gran obra de restablecer á los señores angevinos en sus antiguos patrimonios, habia reorganizado completamente la administracion interior del reino, creando nuevos empleos y oficinas enteramente nuevas: introdujo grandes reformas en los tribunales de justicia, y preparó el camino para el nuevo sistema que exigian las relaciones del reino napolitano como dependiente del de España, y por último, ántes de salir de la capital, accedió á las instancias de sus habitantes, restableciendo en ella su antigua universidad.

En todas estas prudentes medidas, le habia ayudado poderosamente su virey Gonzalo de Córdova; y la conducta que D. Fernando observaba con él, se dirigia, como queda dicho, á borrar de su ánimo cualquiera impresion desfavorable que abrigára. Ciertamente que el rey, á su llegada á Nápoles, habia dado oídos á las quejas producidas por algunos oficiales del tesoro contra la prodigalidad de Gonzalo y su mala aplicacion de los fondos públicos; pero el general se limitó á pedir que se le permitiera presentar cuentas para su defensa. Así le fué concedido, y la primera partida que leyó en alta voz fué la de doscientos mil setecientos treinta y seis ducados repartidos en limosnas á los monasterios y á los pobres, para que contribuyeran al buen éxito de la empresa del rey de Aragon, siendo la segunda la de setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados, invertidos en espías empleados en su servicio. Seguian á estas partidas otras no ménos exageradas, hasta que admirándose unos, y riéndose otros á carcajadas, avergonzado el rey del ri-



dículo papel que estaba representando, puso término al asunto, considerándolo como una chanza. El vulgar proverbio de cuentas del Gran Capitan, que aún hoy se conserva, prueba por lo ménos la creencia comun en la verdad de esta anécdota.

Desde este momento, D. Fernando continuó dando á Gonzalo muestras de la más ilimitada confianza; de él se aconsejaba en todos los asuntos de importancia, y él era el único conducto por donde se llegaba al favor real. Le repitió de la manera más solemne su anterior promesa de conferirle el maestrazgo de Santiago, y aún pidió formalmente al Papa que lo confirmára; y además de los grandes honores que ya se habian concedido al Gran Capitan, le otorgó el rico ducado de Sessa, por una real cédula, en que, despues de recapitular de la manera más pomposa sus altos méritos y señalados servicios, declara que no habia con qué recompensar estos últimos. Desgraciadamente para ambos, súbdito y monarca, era esto demasiado cierto.

Gonzalo se detuvo uno ó dos días, despues de salir el rey su señor de Nápoles, para arreglar sus asuntos particulares. Además de las grandes deudas que él habia contraído por su magnífico estilo de vida, habia tomado tambien sobre sí las de muchos de sus compañeros antiguos de armas, para quienes habia sido ménos propicia la fortuna; de modo que las reclamaciones de sus acreedores habian subido hasta tal punto, que para satisfacerlas por completo, tuvo que sacrificar parte de los Estados que últimamente le habian sido concedidos. Cumplidos estos deberes cual correspondia á un hombre de honor, se dispuso á dejar la tierra sobre que con tanto nombre y gloria habia reinado, digámoslo así, por espacio de cuatro años: la ciudad en masa le acompañó hasta la nave que iba á conducirle: los nobles, los caballeros y hasta las señoras de clase más elevada estuvieron aguardando en la playa hasta perderle de vista, y no habia, dice el historiador, quien no derramára lágrimas por su partida. Tan completamente habia conseguido Gonzalo deslumbrar las imaginaciones de los napolitanos y cautivar sus corazones, por sus

cortes y populares maneras, su espíritu de munificencia y su justo y equitativo mando: cualidades más útiles, y probablemente más raras en aquellos tiempos turbulentos, que el talento militar. En el cargo de Gran Condestable del reino le sucedió Próspero Colonna, y le reemplazó en el de virey el conde de Rivagorza, sobrino de D. Fernando.

A 28 de Junio, la flota real de Aragon arribó al puertecillo de Saona, en donde hacia ya algunos días que el rey de Francia la esperaba. La marina francesa recibió órdenes de salir á recibir al Rey Católico, y las naves de una y otra parte, vistosamente engalanadas con las banderas y gallardetes de sus naciones respectivas, rivalizaban en la belleza y magnificencia de sus atavíos. Las galeras de D. Fernando estaban cubiertas con ricas alfombras y pabellones amarillos y encarnados, y toda la tripulacion se hallaba vestida de estos mismos alegres colores, divisa de la real casa de Aragon. Luis XII se adelantó á felicitar á sus ilustres huéspedes, seguido de un brillante cortejo de sus nobles y caballeros; y á fin de corresponder, en cuanto era posible, á la confianza que le dispensaba el monarca con quien se hallaba, tan poco tiempo hacia, en guerra mortal, pasó inmediatamente á bordo de la nave en que este último venia. En la orilla les esperaban caballos y mulas con preciosos jaeces; y el rey frances, montando en su corcel, colocó cortésmente en la grupa á la jóven reina de Aragon. Sus caballeros imitaron su ejemplo con las señoras de la comitiva de ésta, francesas la mayor parte, aunque vestidas á la española, de lo que se queja un impertinente cronista antiguo de aquella nacion; y todo el cortejo, y las señoras, como queda dicho, se encaminó al galope á los aposentos reales en Saona.

Brillantes y alegres fueron las fiestas y sa-raos que se dieron en los salones de esta bonita ciudad durante la breve residencia en ella de sus reales viajeros. Luis XII habia mandado hacer provision abundante de manjares excelentes, segun refiere un antiguo caballero que allí se encontró y pudo gozar de ellos; y las despensas de Saona estaban llenas de las más escogidas vituallas, y sus cuevas bien surtidas



de los deliciosos vinos de Córcega, Langüedoc y Provenza. Entre los que acompañaban á Luis XII, se contaban el marqués de Mantua, el valeroso La Paliza, el veterano D'Aubigny, y otros muchos varones afamados que tan poco hacia midieran sus armas con las de los españoles en los campos de Italia, y que ahora se esmeraban á porfía en tributar á los últimos las atenciones mucho más agradables, y no ménos honrosas por cierto, de la caballería.

Como el bravo D'Aubigny no podia salir de su habitacion por causa de la gota, D. Fernando, que siempre habia apreciado en mucho sus talentos y conducta, le honró haciéndole personalmente una visita; pero ninguno excitó tan general interes y admiracion como Gonzalo de Córdova, que fué, en toda la extension de la palabra, el héroe de aquellas fiestas. Muchos de los franceses que allí habia tenian amarga experiencia de sus proezas militares; otros muchos se hallaban muy enterados de ellas por las exageradas relaciones de sus compatriotas; habian aprendido todos á mirarle con sentimientos mezclados de temor y odio, y apenas podian, por lo tanto, dar crédito á sus ojos, cuando ahora vieron que el fantasma de su imaginacion se distinguia entre todos los demas por la majestad de su presencia, por la cortesanía y elegancia de su conversacion y por sus maneras llenas de afable dignidad y gracia.

Pero nadie le admiraba tanto como el rey Luis; y á su instancia, fué Gonzalo admitido á la mesa con él y los reyes de Aragon. Durante la comida, contempló á su ilustre huésped con el más vivo interes, haciéndole diferentes preguntas acerca de aquellas memorables campañas que tan fatales fueron para Francia; y el Gran Capitan contestó á todas ellas con decorosa gravedad, dice el cronista, dándole el monarca frances, al separarse, una prueba de su aprecio y satisfaccion, quitándose de sus hombros una cadena de oro de labor exquisita y poniéndosela á Gonzalo. Los historiadores de este suceso parece que se quedan atónitos por la magnitud de la honra que se hiciera al Gran Capitan, admitiéndole á la mesa con tres testas coronadas, y Guicciardini no vacila en asegurar

que este dia fué más glorioso todavía para él, que áun el de su entrada triunfal en la capital de Nápoles.

Durante estas vistas los dos monarcas celebraron repetidas conferencias, á las cuales sólo se hallaron presentes el enviado del papa y el ministro favorito de Luis, el cardenal D'Amboisse. El objeto de la discusion sólo puede conjeturarse por los hechos que se siguieron, y segun los cuales parece probable que fué relativo á las cosas de Italia; siéndolo tambien, el que entre el bullicio de esos vanos pasatiempos y festines, los dos príncipes que tenian en sus manos los destinos de aquel país, sazonaron la famosa liga de Cambray, tan desastrosa para Venecia, y que tan poco favor hace á los que la proyectaron, ya bajo el punto de vista de la buena fe, ya bajo el de la política. Pero de esto tendríamos ocasion de volver á tratar más adelante.

Por último, despues de haber gozado por espacio de cuatro dias de la espléndida hospitalidad del rey de Francia, el monarca de Aragon y su esposa se volvieron á embarcar, y llegaron al puerto de Valencia, perteneciente á sus dominios, despues de algunas detenciones, el 20 de Julio de 1507. D. Fernando, habiéndose detenido un breve espacio en esta su bella capital, siguió adelante á Castilla, en donde era esperado con ansia, siendo recibido en la frontera por los duques de Alburquerque y Medinaceli, por su fiel partidario el conde de Cifuentes y por muchos otros nobles y caballeros. Poco despues vinieron á reunirse los diputados de muchas de las ciudades principales del reino, y con tan brillante comitiva hizo en él su entrada por el camino de Monteagudo, á 21 de Agosto. ¡Cuán diferente del triste y abatido estado en que de él saliera un año escaso hacia! Bien demostraba este cambio en sus circunstancias el magnífico y pomposo aparato de autoridad con que ahora se presentaba: precedíanle en su marcha los restos del ejército de Italia, que acababan de llegar, al mando del célebre Pedro Navarro, conde de Oliveto, y rodeaban su persona, sus alcaldes, alguaciles y reyes de armas, con todos los atributos é insignias de la supremacía real.



En Tortoles les salió al encuentro la reina su hija, acompañada del arzobispo Cisneros; pero su vista tuvo más de doloroso que de agradable para el rey su padre. Apesadumbrado quedó éste al contemplar á doña Juana, porque lo descompuesto de su rostro, lo demacrado de su cuerpo y el sucio y miserable traje que vestía, le hicieron muy difícil reconocer rasgo alguno de la hija de quien por tanto tiempo habia estado separado. Doña Juana, al ver á don Fernando, manifestó más sensibilidad de la que habia mostrado desde la muerte de su marido, y de allí en adelante se entregó con muy poca oposicion á la voluntad de su padre, persuadiéndola éste al poco tiempo á dejar el poco decoroso lugar en que habitaba, y trasladarse á otra habitacion más cómoda en Tordesillas. Los restos de su marido se llevaron al monasterio de Santa Clara, junto al palacio, desde cuyas ventanas podia ver el sepulcro: desde entónces, aunque vivió por espacio de cuarenta y siete años, nunca volvió á salir de su aposento, y aunque su nombre aparece unido al de su hijo Carlos V en todos los documentos públicos, nunca pudo conseguirse de ella que firmara papel alguno, ni que tomara parte en los negocios públicos, pasando medio siglo de penosa existencia, tan completamente muerta para el mundo como los restos que á su lado dormian en sueño eterno en el convento de Santa Clara.

Desde entónces el Rey Católico ejerció una autoridad casi tan firme y mucho ménos limitada y definida que en los dias de doña Isabel: y tan seguro se creia en su puesto, que pasó por alto el obtener la sancion constitucional de las Córtes. Mucho la habia deseado en la última é irregular reunion de este cuerpo; pero se verificó su disolucion, como hemos visto, sin que llegara á obtenerla. Cierto, que el desafecto de Búrgos y de algunas otras ciudades principales, hacian muy dudoso por entónces el éxito de semejante pretension; pero el entusiasmo general con que ahora fuera acogido don Fernando, no daba motivo para temer al presente el mismo resultado.

Muchos de sus partidarios, ciertamente, se oponian á la intervencion de la asamblea en

este asunto, como supérflua, alegando que ejercia la regencia como guardador natural de su hija, y además, como nombrado por el testamento de la reina, y confirmado por las Córtes en Toro: sostenian que estos derechos no habian caducado por su renuncia, por haber sido ésta efecto de la violencia, y por no haber llegado á recibir la sancion legislativa; y por último, que en todo caso, debia aquélla considerarse como limitada solamente al tiempo de la vida de Felipe, y cesar cuando ésta terminase.

Pero por más plausibles que estos argumentos fueran, el anómalo proceder de D. Fernando daba motivo á la desobediencia de aquellos de los nobles descontentos que sostenian no reconocer otra legítima autoridad suprema que la de su reina doña Juana, mientras tanto que las Córtes no sancionasen otra. Todo este asunto se arregló, por último, con más respeto á las formas constitucionales en las Córtes celebradas en Madrid, á 6 de Octubre de 1510, en las cuales prestó el rey los acostumbrados juramentos, como administrador del reino en nombre de su hija, y como guardador de su nieto.

La conducta de D. Fernando, al principio de su regreso, se distinguió por la más generosa clemencia, que se demostraba, no tanto ciertamente por una recompensa excesiva de los servicios prestados, cuanto por un prudente olvido de las injurias; y si alguna vez las recordaba, lo hacia en tono festivo, que daba á entender que no abrigaba en su corazon el menor odio ni mala voluntad. «¿Quién hubiera creído, dijo un dia á un cortesano que estaba á su lado, que abandonaríais tan fácilmente á vuestro antiguo señor, por otro tan jóven y tan falto de experiencia? ¿Y quién habia de creer, le replicó aquél en el mismo tono jocoso, que nuestro antiguo señor habia de sobrevivir al jóven?»

A pesar de toda esta indulgente complacencia, no dejó el rey de tomar sus medidas para asentar su autoridad sobre base más segura, y para asegurarla de modo que no volviera á verse expuesto á los insultos que en otro tiempo sufriera. Para ello mantuvo á sueldo á la mayor parte de los veteranos de Italia, con el pretexto aparente de una expedicion al Africa: